Por CARLOS REAL DE AZUA

Los Católicos y la Cultura

QUE es un escritor católico? ¿Es un hombre que escribe y que va a misa? ¿O el que ha ido alguna vez? ¿El que ha recibido sacramentos de la religión, ya enfermo, ya agonizante, ya muerto? ¿Es el que envía sus libros ante una genérica invitación a una exposición de tales? ¿Es el que está vinculado con alguna institución a ella, como la de la Acción Católica, la Unión Cívica, "El Bien Público", el Arzobispado, la Biblioteca Cervantina, el "Almanaque del Amigo"? ¿Es el que comunica en una obra, ya cuantiosa como la de D. Arístoto Gonzáez, ya breve como la de María Eugenia Vaz Ferreira, una "concepción cristiana de la vida", una especial valoración de hombres, de ideas, de hechos? ¿O lo será sólo (o sobre todo) el apologista religioso —o religioso-social o religioso-político— el propagandista, en fin? ¿Se suponen estas configuraciones? ¿Permanecen aisladas?

Todas estas perplejidades podrían dejar de reflejarse si de suscitarse en la valiosa "Exposición de Escritores católicos" que se abre en estos días al público. Que la despierte no es una objeción: es un saludable estímulo a la precisión. Que adolezca de algunas omisiones (que adolecieran, aunque hace los días se sintiera, las que se anotan, lampoco). Y que los que conocen el improbo esfuerzo que es hacerse de un solo libro que no esté en librerías o en nuestra propia biblioteca sabrán valorar el esfuerzo y el mérito que representa, aunque no alberga el mismo, el diario católico, en la señorial casa de Ema Pereda, tan llena del aire de un Montevideo desaparecido. Precisa: en Paraguay 1281 casi San José.

Le interesará a cualquier amante del Montevideo de ayer y de ayer nada la importancia de un aporte cultural no tiene bien reconocido. Y lo que (tal vez) sea más decisivo, invita a meditar sobre esa contribución, la contribución de una de nuestras más permanentes "familias espirituales".

EN un período que corre desde la Colonia hasta el Romanticismo y que tiene una figura mayor en Larreinaga, José Benito Lamas y Pérez Castellano, la cultura cristiana de cepa española y verticalización secular es la tónica natural, dominante, inevitable. Todo lo que esta cultura cristiana se vete de su independiencia no es, sino bien sabido, el esquema. Los más estrictamente escritores reiteran los mismos ingredientes: carta de Hernando, festivo y a menudo procaz, fue también traductor de los Salmos, dedicó un cuarto de sus poesías a Pío IX y la inclinación de sus versos llegó a ganar indulgencias. (1)

La religiosidad de los románticos, en todo un ancho trecho que va desde el 1º al 75, es tema más espinoso. Una "restauración" tipica, como el Alarcón de Martínez Cervantes (1879) desborda de divinas mostradas, de invocaciones, de miradas a lo alto y ellas son, en su mayoría, nostalgias —como todo el romanticismo hispanoamericano— no se dirigen a la sólida hipótesis del catanismo, en la negación. Como todo el hispanoamericano tiene también sus grandes móviles espirituales, claramente impostados, un ansia grande de trascender lo terrenal, de conuelo último, de espiritualismo, o menos platónico. No es evitable, sin embargo, que estas claves estén casi siempre ancadas de su quicio por lo que, cada una de las inclusiones que concretamente se hagan (y las que esta exposición hace) podrán ser objetadas. La de Melchor Pacheco y Obes Pero parece la más seria, sin dejar de observar también la ausencia de Aurelio Berro, sólo a medias romántico y quizás más interesante y con derecho a estar presente que su malogrado pariente D. Adolfo.

En una tercera etapa, la contribución católica a la cultura nacional se magnifica y sobre todo, se precisa. Pero parece más seria, sin dejar de observar también la ausencia de Aurelio Berro, sólo a medias romántico y quizás más interesante y con derecho a estar presente que su malogrado pariente D. Adolfo.

En una tercera etapa, la contribución católica a la cultura nacional se magnifica y sobre todo, se precisa. Pero parece está batida por la adversidad, ya es polémica, ya es antifonal. La inteligencia americana ha adquirido su firme filiación en la Modernidad y en la Inmanencia (para usar los términos de Zenoz). La Tradición, sin adjetivos, la Trascendencia, sin adjetivos sólo logra victorias temporales, casi siempre políticas y a veces sólo un momento. Los descendiente a sus campeones desesperanzados pero firmes. En nuestro país se la dosca del Ateneo, del positivismo, de Baille; (también la de Mariano Soler (1846-1868), la de Francisco Bauzá (1849-1899), la de Zorrilla de San Martín (1855-1931). De todos ellos, Bauzá parece hoy el mayor y ¿por qué no decirlo? el más puro: por su muerte temprana no tuvo tiempo de insertarse en el Uruguay laico, en el Uruguay en que su causa había sido perdida. Accidente, solitario, Bauzá muere sin calar y hoy su persona es más viva y su obra más leídle que la de todos los principistas que le perdonaban la vida y a los que sólo recuerdan sus convenidos descendientes.

Hacia la primera Guerra Mundial esta etapa parecía cerrada y la inserción intelectual, del escritor católico en nuestra cultura se polifurcó. Existe una literatura católica —señalemos para empezar— que se ambienta en la clase eclesiástica y en los laicos más afines a ella. Toca muchas teclas: filosofía, apologética, poesía, catequesis, historia eclesiástica, arqueología parroquial. Existía desde antes, existe hasta hoy. Su consumo parece ser el mismo ambiente en que se produce: círculos parroquiales, congregaciones pías, vitrinas de librerías, manuales. Pueda de él, aunque cuente hasta con académicos en sus roles, tiene muy pareva resonancia. Intenta cubrir otras ocupaciones, sólo Antonio Castro, en filosofía, sólo Salaverry y Furlong en erudición. Parecen, sin embargo, haber entrado en la corriente del intercambio intelectual. Los tres jesuitas, para satisfacción de la Compañía.

A PARTIR de los treinta, la década rosada será también, secelonamente, una década de consolidación de poetisas y de poetas producirá desde entonces con continuidad. Recuerdo el tiempo en que las poetisas nos sorpresa y en que se disenta puntualmente el X o Z era mística (o místico). Ese período de alarma (o alegría) aparecía estas intrusiones. Se constituyó una Organización de escritores y artistas católicos presidida precisamente una cristianizada Juana de Ibarbourou -y animó Luis Torres Ginart. En torno al periódico Acción se congregó un grupo con designio más coherente de acción intelectual (y tal vez de la otra).

A más de veinte años de distancia, estas amanecidas parecían pueriles pero el principio, pero marcaron en realidad el fin de una actividad grupal, activa, conquistadora. Aquí, como en cual to fenómeno hispano-americano la filiación europea y los meteoros universales resultaban decisivos. En el equipo versificador y en la organización que lo congregó es visible la influencia del renacimiento católico francés y su prestigio. En el grupo de "Voluntad" y especialmente en la Interasnitsina firma de María Falcao Espalter (en la que parecía latir algo de la violencia de Bloy y de Bernanos) hay algo más. Más contacto con el mundo intelectual y político que la acción intelectual católica asume en la Argentina desde esos años; hay un principio de la polémica que dentro del catolicismo suscitará el fenómeno fascista y más tarde —casi en seguida— la insurrección española. La muerte de Falcao, el estallido de la segunda guerra mundial, la actitud del grupo diferente divino corta esa escisión entre "catolicismo político" y "catolicismo evangélico" que tanta tinta hizo correr del otro lado del río, que tantas polémicas encendió. Corrió una polémica que no pudo subsistir (de su lado) a cargo de voces mucho más fáciles, peor armadas.

A lo largo de todos esos equipos, se este levantar de banderas, fue desgraciadamente un ir solitario. Algunos en voliuses. María Eugenia Vaz Ferreira, primero. Después el extraño y poseído y encantado Enrique Casaravilla Lemos. Hoy Dimas Antúnez, con más de media vida argentina y un libro muy poco conocido, "El Testimonio" que contiene unas páginas sobre el Templo que son antológicas. La política también los da. Al margen del menos cívico, el más sedimante en su fe, figuras aisladas de otros partidos guardaron una fe muy viva. Gustavo Gallinal en el Partido Nacional, su muy anterior José Espalter en el Colorado, fueron los casos más interesantes. Más allá de sus obras iniciales ("Crítica y Arte", "Tierras españolas" "Letras Uruguayas", "Germán Lobo") Gallinal era un hombre que sustancialmente hacía lo suyo: política y —esporádicamente— historia literaria (todo con gran estilo y dignidad). Espalter, uno de los hombres de Estado más completos que el país haya tenido y uno de los peor juzgados (a lo que su famosa filosofía del situacionismo contribuyó no poco) es un hombre que está por conocer. Mucho más —seguramente— que otros ejemplos menores de sorpresa que esta exposición nos reserva: poetisas ateneistas, historiadores académicos que son, se proclaman, católicos.

La generación polémica revivió, sin embargo, en algunos apasionados. Washington Panlliet es el ejemplo más característico. Su "Ciencia, filosofía y laicismo (1937) marcan un brío, una agresividad, que hubieran hecho mal cincuenta años antes. Fue, empero un polemista sin réplica, un sobreviviente, como lo han sido en la vereda de enfrente esos otros dos solitarios que son Pedro Díaz y Celedonio Nin y Silva.

DESDE esto último, parece anunciarse una conclusión negativa —pesimista, por lo menos— para todo lo que sigue. Esta carencia de ecos tiene un nombre (importa poco la exactitud musical de los términos): atonía. Hoy, en la línea intelectual que estamos dibujando es tan determinante como determinada: ciertas bacilas afines, ciertas leis del país (porque ya estamos en el presente) son un poco la responsabilidad de todas nuestras familiares espirituales; son un poco el "no estar en forma" que a todas las actividades nacionales aflja y sima. No sólo nuestro catolicismo: nuestro comunismo, nuestro deporte, nuestra producción las confirmarían.

Quiero ser menos genérico. Nuestro país tiene tan pocos perfiles hacia adelante como hacia afuera. No hay grupos ideológicos definidos, beligerantes, públicos. No hay, en el estricto sentido filosófico del término, "escuelas". (Un "casi" sería prudente). No hay una ensayística de nuestro ser nacional de sus ingredientes espirituales del tipo de un Martínez Estrada (con todas sus crecientes delirios, con todos sus galopantes dislates). A este general desdibujo de las posturas, el catolicismo es tan sensible como cualquier otro "zoon politikon". Los hombres buscan el diálogo no por su etapa sino por su nivel. Y lo mismo sobe todo, sin estridencias, hacer su propio camino. La última gran polémica de sentido religioso fue la del aborto y la eutanasia (1935). Las de la escuela racionalista y la escuela laica parecen hoy tan académicas que sólo quedan para los liceales que ensayan su pluma en la "Tribuna de la Juventud" de "El País". Muchos discúlan hasta donde pueden su fe y su quehacer. Profesores en maestras que no son comprometen, indicativos, barnuecos, son, fuera de su convicción personal, cripto-católicos. Otros, que son importan más, con un asco general para la política y sus publicidades, para la rencilla y sus escándalos, actuarán en ese plano, el de la cultura, donde ser católico es en nuestro medio menos cómodo que en los estrados, en los directorios o en las salas de consulta. Serán profesores, escritores, investigadores: de lo mejor en una especializada actividad. Es el modo especial de actuar que da hoy la pauta y pienso en Pivel Devoto en historia, en Ayestarán en musicología, en Juan Blanchón en pintura, en Jorge Peirano en derecho privado. Sus nombres marcan el volumen y la significación de la presencia católica. Pero no es cuestión de palabras decir que Llambías es más un católico filósofo que un filósofo católico y que Pivel es un católico historiador y no un historiador católico. Las vigentes dicotomías históricas (regalista o Pivel, nacionalismo versus extranjerismo; realismo político versus principismo técnico; caudillos versus doctores sólo indirectamente pueden tener sentido "apologético". Y lo mismo ocurre —pienso que sin buen ejemplo— con la posición de Llambías ante "la objetividad de los valores".

La de antes no es (naturalmente) la única actitud. Otros se han insertado en lo que cabe llamar "cultura oficial" y como D. Raúl Montero Bustamante (1881) y su colaborador D. Arístoto González son académicos, introducidos de próceres y prologuistas múltiples de obras ajenas. Otros, que también son que su filiación no es tan clara, incomodo para cumplir, en un medio gubernativo básicamente hostil, un "cursus honorum" triunfal. Otro grupo de diplomáticos, sigue actuando ignominiosamente detras de Secco Illa y Antonio Lussich. Otros, desaparecidos Pintos, Brena, Chiarino, llevan el peso católico en el diálogo-polémico-social. Aunque la polémica histórico-social. Aunque la mayor habitualmente se fuera del ámbito de la cultura, ni Regules ha renunciado del todo a su aspecto con la filosofía, para la que estaba excepcionalmente dotado, ni Brena a nuevos afanes de ensayo poético. De cualquier manera Brena, en cuestiones sindicales, "regules en cuestiones internacionales, Chiarino en cuestiones varias aparecen hacia otros planos. Junto a ellos habría que recordar el valeroso, interrumpido Catmarcia periodista de Salter de Cárdenas, religioso pero también laico, junto a ellos, en mismo fervor a Bloy y a Maritain con Víctor Ferreira, Torres García y Trumpuno.

Un último sector de escritores no están representados en la exposición, tal vez por que la mayoría de su producción en libro. Esta regla no presentar artículos lógica al fin, porque una exposición de escritores es una exposición de periodistas, sufre en la muestra algunas excepciones. Muy justo es la que corresponde a Luis Torres Ginart. Y cupiera o no con otros, anoto una postrera generación de nombres que no representaría y que sólo en ella aparecen. En crítica, en poesía y ensayo literario: Domingo Bordoli, Susana Soca, el poeta Ariel Ramírez, Ángel Rama, Potenze, Roberto Saprisa, José Enrique Richeverry, Jorge Medina Vidal, el padre Ángel Ríos, José Miguens, Ángel Praderio. En el ensayo político-social e histórico: José Enrique Sánchez Varela, Alberto Ulloa, Alberto Ulloa, Carlos María Velázquez, Raúl Abbadie, Fernando Olivera y "last but not least" al quedo Ángel Rodríguez Muñoz. En este grupo es también visible como en el otro anterior, el cansancio y la duda de la escritura, en la posición religiosa, sin dejar de señalarse viva atención y premisas históricas e ideíricas, en más cada una de esas perspectiva última, una definición ideológica no siempre tranada a rasgo grueso. Y rasgo interesante, mientras la generación del 35 sólo juraba por Bloy, Claudel y Maritain en esta promoción es muy importante la formación anglosajona y española, sin dejar de tener peso el prestigio de "Esprit" y de sus conductores Mounier y Albert Beguin.

CIERRO estas consideraciones. Esta exposición, debida a la labor de los Sres. de Vera y Rico Martínez del Ateneo, de Ángel Castellanos y del Dr. Michelena es meritoria, dijimos. No es naturalmente, perfecta. Hubieran sido valiosísimas —por ejemplo— las cronologías, las fichas individuales, los agrupamientos generacionales, el cómo alguna vez al lado de las figuras mayores. Tal vez haya sido la falta de espacio, la cantida del material a exhibir. Pero que la idea se materialice, es otro quiero destacar un rasgo superlativo y en el que nadie reparará. Señalemos con un ejemplo. ¿Por qué no está aquel Julio Herrera y Reissig que tan reiteradamente afirmaba en su agonía: "soy fiero católico me pidieron una vez"? Tal vez sea no no defina su persona; seguramente no define su poesía. Pero su lectura, por ejemplo en los católicos y en tantos marxistas, es una lección de buen gusto, de modestia, de humaldes intelectual.

(1) Dato que debo a mi amigo Armando Pirotto, también, inexplicablemente, ausente de esta Exposición.

REDUZCA sus gastos de oficina
y aumente su control
le ofrecemos todavía a los antiguos precios
• Máquinas impresoras a base de chapas, para confección de sellos, menes menuales, cuotas, jornales, etc.
• Duplicadores a mano y eléctricos. Inagotable stock de sténcils y tintas.
• Franqueadores POSTALIA, aprobadas por la Dirección de Correos. Evitan el maqejo de timbres.
Pídanos una demostración sin compromiso al teléfono 24588
Otra vez en
Av. Agraciada 2083
(frente al P. Legislativo)
Desde 1914 en el Río de la Plata
GUILLERMO KRAFT DEL URUGUAY
SOCIEDAD ANONIMA

Especial Para MARCHA

Uruguay